XVIII

LA CRUZ DE OCOTE.

Al labio de riachuelo cristalino
Donde sus greyes el zagal abreva,
A la cerúlea bóveda se eleva
Con los brazos en cruz anciano pino.

El inocente y dulce campesino
Cabe ese tronco, la fecunda esteva
Depone manso; adórale, y renueva
El festón que le ciñe purpurino.

En su copa de escasa lozanía,
Por las tardes, el verde guacamayo
Deja oír su confusa gritería;

Le cortejan los céfiros; y en Mayo
Al primer aguacero, se atavía
Aunque hueco y hendido por el rayo.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

XIX

TILOSTO.

No place más el rubicundo mosto
Que de la uva destila nacarada,
Que la blonda y espléndida cañada
Y floridos breñales de Tilosto.

Es un deleite, cuando asoma Agosto
Con la frente en panojas coronada,
Pasar bajo la peña corcovada
Que ya, ya cae sobre el sendero angosto.

Cuelga en festones de la roja cresta
El trébol salpicado de rocío
De fragancia llenando la floresta.

Vese á un lado humeante caserío;
Y enfrente la empinada y agria cuesta
Que arranca al labio del hirviente río.

XX

LA CUMBRE.

¡Soledad y quietud!. . . .Monte y más monte
De verdes tilos, álamos y abetos;
Grandes peñascos húmedos y escuetos
Sin raudales, sin cielo, ni horizonte.

No hay una alondra que el rigor afronte
Del crudo frío en los salvajes setos;
Y el negro buitre y céfiros inquietos
Se alejan antes de que el sol tramonte.

Sólo el rumor de cristalina gota
Que rueda en la hojarasca allí se escucha,
Y el chasquido al abrir de la bellota.

Y los robles calada la capucha
De líquen, aunque el cierzo los azota,
Mantienen con el sol eterna lucha.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

XXI

ATEZCAPAN.

Vense al fulgor de la creciente luna
Dibujarse las tétricas montañas
Y la luz de las míseras cabañas
En el terso cristal de la laguna;

Se aduerme el ánsar en flotante cuna
De nenúfares, ovas y espadañas;
Y alarga el cuello entre medrosas cañas
La garceta que en pie vela oportuna.

El aura, respetando aquel supremo
Reposo, á la temblona hierbecilla
Deja en quietud del uno al otro extremo.

Y sólo se oye en la remota orilla
El *chis* del agua hendida por el remo
Del indio que resbala en su barquilla.

XXII

EL PINO.

¡Fresno gigante, prócer avellano,
Abeto erguido, plátano eminente,
Callad, parleros, y humillad la frente;
Callad delante del atleta anciano!

De la protervia de Aquilón tirano,
De los horrores de la escarcha urente,
De las tormentas y del rayo ardiente
Ya os defendía envejecido y cano.

Sobre vosotros tiende la mirada
Arrogante y magnífico; severo
Su ademán, la mejilla sonrosada.

Él os miró nacer; y fué el primero
Que al anunciarse aquí la fe sagrada
Cobijó con su sombra al misionero.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

XXIII

ACATITLAN.

Tras del monte selvoso que domina
Y envuelve al Valle en manto de verdura,
Vese de Norte á Sur una llanura
Donde crece la dalia campesina.

En roble se corona y glauca encina;
Y es la hiedra preciada colgadura
De la ermita que surge á la aura pura,
Asilo de la amable golondrina.

Severo al desplegar las alas graves
Por hielo y nieves el Invierno cano,
Se refugian allí las dulces aves;

Al capulín y níspero galano
Encorvan hasta el pie los frutos suaves;
Y de flores se cuaja en el verano.

XXIV

PASO HONDO.

En el regazo de feraz cañada
Fluye perenne bajo limpio cielo
Un arroyito, que de verde el suelo
Y de oro y rosa tiñe de pasada.

Del pie robusto á la cimera alzada
Se revisten de blondo terciopelo
Los árboles; y alfombra su escabelo
La herbecilla de aljófar salpicada.

Se disfrazan allí las rudas peñas
Con las frondas velludas y las flores
Fragantes de parásitas risueñas.

Y remedan del iris los colores
Las linfas que de cárcavas y breñas
Gotean aun de Mayo en los calores.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

XXV

EL PINAR.

En su dentada y lúcida corona
De arena y hielo y pórfido plomizo
Una llanura de sin par hechizo
Encierra el monte en descampada zona.

El Noto allí las nubes amontona
Y nieves cuaja y hórrido granizo;
Y fatiga al venado espantadizo,
Al remedar la voz, Eco burlona.

El águila se cierne y leda gira
Fascinando á la túmida serpiente
Que silba en vano, encógese y estira;

Ruge el león garrudo y prepotente;
Y del pinar en la melena espira
Helado y meláncólico el ambiente.

XXVI

LA PEÑA DEL FRAILE.

Por musgo y hielo sobre monte cano,
La frente al Sur, y donde siempre aulla
El negro lobo y la torcaz arrulla,
Se yergue el monolito más galano.

Es la estátua de un fraile franciscano
De cordón y cerquillo; la cogulla
Basta y rugosa de color de grulla,
Se recoge con una y otra mano.

¿Será que un monumento duradero
Alzó Naturaleza al dulce amigo,
Hermano, padre del azteca fiero?

De mudanzas innúmeras testigo,
Fecunda con limpísimo venero
Las aldeas nacidas á su abrigo.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

XXVII

EL CERRO DEL CALVARIO.

Vese una loma enfrente del ejido
Que el blando influjo del Abril enerva,
Y donde en vano la cansada cierva
Busca el raudal y pasto humedecido.

No hay un arbusto donde cuelgue el nido
De avecillas la gárrula caterva;
Ni un matorral, ni un tronco, ni una hierba
Donde module el céfiro un gemido.

Ruinosa, obscura, sepulcral ermita,
Corona enhiesta la caliza cumbre
Donde soberbio el vendaval se agita.

De esqueletos horrible muchedumbre,
Es fama, que de allí se precipita
El sol hermoso al esconder su lumbre.

XXVIII

LA PEÑA BLANCA.

Un oquedal, de montes rodeado,
Al pie marmóreo de caliza roca
Que se eleva al zafir con alba toca
En baldaquín de helechos recamado;

Un vallecito angosto, cultivado,
De azul arroyo á la barbada boca,
Que con sus quejas á dormir provoca
El sueño más tranquilo y regalado;

Una aquí y otra allá de verde caña
Choza feliz, que con su airosa veste
Abriga cariñosa la montaña;

Todo esto bajo bóveda celeste
Que el humo apenas por la tarde empaña,
Da á ese sitio el aspecto más agreste.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

XXIX

SAN GASPAR.

¡Doquiera el río. . . . y siempre sinüoso
Escamado y voluble cual serpiente!
¡Siempre purpúrea la encrespada frente,
Siempre raudo y sensual, siempre quejoso!

En San Gaspar detiénese el coloso,
Cobra aliento y ensancha su corriente,
Y baña con la linfa transparente
El terruño feraz y vaporoso.

De un llano al otro vuelan azoradas
Sin descansar, con prolongado ruido
Las silvestres palomas en bandadas.

Y esconden cautas á su pie florido,
Del trébol las macollas regaladas,
De ágil perdiz el abundoso nido.

XXX

LA ALBERCA.

Sagradas Ninfas, á quien nunca orea
El rubicundo sol las hebras blondas,
Y que alegres libais entre las ondas
El alba miel de púdica ninfea;

¿Tiene debajo de la verde enea
Y de estos lotos de lucientes frondas,
De cristal sus palacios, ó en las hondas
Cavernas la amorosa Galatea?

Aquesa linfa que borbota muda,
Por áureos peces sin cesar cortada,
La orilla hasta lamer jamás desnuda;

Ese sauz, esa arena abrillantada,
Y esas flores, publican que es sin duda
Esta alberca de númenes morada.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

XXXI

EL POZO DE ANGELA.

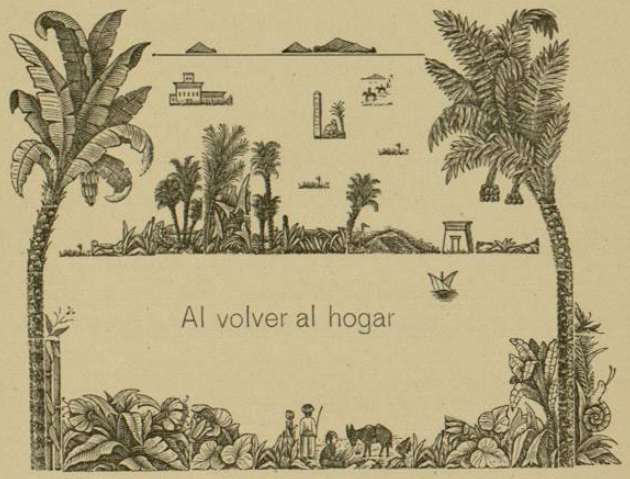
Espumoso y locuaz, de piedra en piedra
Muy paso á paso límpido riachuelo
Del monte baja, y al perder el suelo,
El abismo parece que le arredra;

Colúmpiase en los brazos de una hiedra
Que trepa errante, y pone su desvelo
En vestirla de rojo terciopelo
Y en gracia darle y brillantez y medra.

Cavó allí, para espanto de la gente,
En innúmeros siglos, ancho pozo
El golpe de esta plácida corriente.

¡Ángela triste, vítreo calabozo
En él hallaste, y el dormido ambiente
Aquejas con ternísimo sollozo!

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

¡Oh montes de mi pueblo,
Mil veces salve, salve,
Ceñidos con las hojas
Del álamo arrogante!

Excelsos muy más que otros
Sereis en las edades
Futuras, porque amigos
Me disteis hospedaje.

Aquí, con débil planta
Las sombras de los sauces
Buscaba, siendo niño,
Verdinas y fragantes;

Y alegre recorría
Los bosques virginales
Bañado por la fresca
Llovizna de la tarde.

Aquí, de humildes flores
Cortadas en las calles
Agrestes, de madroños
Y lauros y arrayanes,

Tejí con casta mano,
Exento de pesares,
Guirnaldas al abrigo
De lilas y rosales;

Y en la húmeda corteza
De pinos seculares,
Que surgen de los ríos
Cerúleos á la margen,

Grabé con piedra dura,
Futuro tierno vate,
Mis trovas las primeras
Sin número y sin arte;

Y el ánima tranquila
Absorta en los paisajes
Bellísimos que ostentan
Los campos de mi Valle,

De célica armonía
Hundida en los raudales,
Gozaba en estos sitios
De arrobos inefables.

¡Oh montes de mi pueblo,
Dulcísimos como antes,
Amados cual ningunos,
Risueños y feraces!

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Hoy torno y os bendigo
Con pecho palpitante,
Con lengua balbuciente
Y acento miserable.

Guardais en vuestros pliegues
Vosotros, de mis padres
Honrados y virtuosos
Las tumbas venerables.

¡Qué mucho que al miraros
Se inmute mi semblante
Y caiga de rodillas
Y el caro suelo abrace!

¡Qué mucho que aspirando
Las auras matinales,
Que en ráfagas parece
Que salen á encontrarme,

Olvide mis congojas
Y entienda delirante
Que nunca, destinado
Dejé los patrios lares!

¡Oh montes, bellos montes!
Si el hado inexorable
Muy lejos de vosotros
Se goza en torturarme,

Si hoy torno forastero,
Y en vida no me es dable
Morar en estas dulces
Cañadas y breñales,

¿Querrá piadoso el cielo,
En muerte no distante,
Que deis á mi despojos
Asilo perdurable? . . . . .

¡Oh abetos encumbrados!
¡Oh tilos colosales!
¡Oh gárrulos madroños!
¡Oh tiernos arrayanes!

Sonoros acogedme
Y fresca sombra dadme
Meciendo vuestras copas
Teñidas de granate.

Venid, oh jilguerillos,
Palomas montaraces,
Alígeras alondras,
Y tordos insaciables,

Venid que soy el mismo;
El mismo que en las tardes
Serenas del Otoño,
Pacífico y errante

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Os daba aquí en sus palmas
Oculto entre el boscaje,
Del verde fresco aliso
La grana de azabache.

Á ti, escabrosa peña,
De aspecto adusto y grave,
A ti, cerúleo río,
Selvoso y resonante,

Á ti, florido cerro,
Y ¡oh pino venerable,
Á ti y al rudo puente,
Mil veces salve, salve!